

EN LA MUERTE DE DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (18 DE FEBRERO DE 1915): PROSAS Y VERSOS

ANTONIO CRUZ CASADO
Académico Numerario

RESUMEN

Se analizan en este estudio diversas opiniones aparecidas en periódicos y revistas de principios de siglo (1915 y años siguientes) de varios críticos y poetas sobre don Francisco Giner de los Ríos, entre los que figuran Juan Ramón Jiménez, Manuel Machado y Antonio Machado. Todos ellos nos ofrecen una imagen elogiosa del pedagogo fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

PALABRAS CLAVE: Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Manuel Machado.

ABSTRACT

This study discusses various views, appeared in newspapers and magazines of the century (1915 and beyond) of several critics and poets on Don Francisco Giner, which include Juan Ramon Jimenez, Manuel Machado and Antonio Machado. They offer a complimentary image of the founder pedagogue Institución Libre de Enseñanza.

KEY WORDS: Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Manuel Machado.

Iba y venía como un fuego con viento; y se erguía, silbante víbora de luz, y se derramaba y se prendía, chispeante enredadera de ascuas, y se abalanzaba, leonzuelo relampagueante, y se encauzaba, reguero puro de oro; y aparecía sin unión visible, aquí y allá, por todas partes, delgado, aéreo, inasequible, con la elasticidad libre de la diabólica llama.

Juan Ramón Jiménez, “Francisco Giner” (1915-24)¹.

La Gran Guerra de Europa seguía su curso, ineluctable y terrible. En febrero de ese año los periódicos españoles daban pormenorizadas noticias de los sucesos más relevantes acaecidos en el frente. De esta manera, en *La Correspondencia de España*, se decía en grandes titulares de la primera página: “En Bukovina se pelea a veinte grados bajo cero” (18 de febrero de 1915); “Los aliados obtienen varios éxitos parciales” (19 de febrero); “Los rusos rechazan fuertes ataques de los austroalemanes. Japón aumenta su flota” (20 de febrero). Lo más triste de todo reside en el sufrimiento de la población civil y de los simples soldados que se agotan en el fondo de las trincheras. En este sentido leemos, en un comentario del *Heraldo de Madrid*:

La vida en las trincheras resulta horrible para los combatientes en esta época del año. / El visitante, cuando distingue a lo lejos las líneas donde viven millares de hombres, mudos, atisbadores, en continua alerta, sufre impresión dolorosa. / En su cercanía explotan los proyectiles; el atronador estampido parece agudizarse en el fondo de las trincheras, y el obús, chocando en el suelo, levanta polvareda y salpica de tierra a los soldados. / En otras líneas de trincheras más rezagadas se observa lo mismo; pero los soldados hablan, murmuran, y la conversación de un día es igual a la de los precedentes. No hay ideas nuevas que motiven un nuevo discurrir. / Y, sin embargo, se vive contento, porque se ve delante al enemigo, se sabe cuando avanza, no es la sorpresa cosa fácil. Lo triste, lo indescriptible es la noche, cuyas horas corren en los relojes de las trincheras más lentamente que de día. / Cae la lluvia, corre el agua, enlodázase el suelo que se pisa y enchúmbase la paja que sirve de cama; se hiela los pies y las manos, no hay modo de encender un cigarrillo ni de huir de la humedad².

En ese contexto bélico de crispación internacional (y en tanto que en España una de las grandes preocupaciones del momento es el hambre y la necesidad más apremiante)³, salta en la prensa la noticia de la muerte de don Francisco Giner de los

¹ Juan Ramón JIMÉNEZ, *Cuadernos*, ed. Francisco Garfias, Madrid, Taurus, 1971, p. 195. El mismo texto, con algunas variantes de puntuación, en Juan Ramón JIMÉNEZ, *Un andaluz de fuego (Francisco Giner de los Ríos)*, ed. María Jesús DOMÍNGUEZ SÍO, Moguer, Ediciones de la Fundación, 1998, p. 115. Esta misma obra, con algunos textos menos, se encuentra también en Juan Ramón JIMÉNEZ, *Un andaluz de fuego (Piedra de llama). Elejía a la muerte de un hombre (1915-1928)*, en *Libros de prosa, 1*, ed. Francisco GARFIAS, Madrid, Aguilar, 1969, pp. 915-938, formando parte de *La colina de los chopos (1913-1928)*.

² “Comentarios. Vida de trincheras”, *Heraldo de Madrid*, 18 de febrero de 1915, p. 3. Una visión contemporánea de la guerra es, entre otras, la de Luis ARAQUISTÁIN, *Polémica de la guerra, 1914-1915*, Madrid, Renacimiento, 1915.

³ Cfr., entre otras muchas posibles referencias del momento, el artículo “El hambre en casa”, *España*, 26 de febrero de 1915, pp. 3-4.

Ríos⁴, noticia que suele ocupar la primera página de las principales publicaciones nacionales o que recibe singular tratamiento en las páginas interiores de las mismas. Así lo constatamos en un texto de mediana extensión en la primera página de *El Imparcial*:

A la una en punto de esta madrugada ha fallecido el insigne catedrático. / Don Francisco Giner de los Ríos dejar, al morir, un nombre verdaderamente glorioso en la historia de la ciencia española. Lo que ha sido su dilatada vida podría sintetizarse en tres palabras: austeridad, estudio, sabiduría⁵.

Sigue luego, en la misma publicación, una apretada biografía de Giner a lo largo de las casi dos columnas que ocupa la noticia.

Por otras vías, y algún tiempo después (en 1918), nos llegan los ecos de la gran preocupación que sentían sus discípulos en la fase final de su enfermedad y en el momento de su muerte. Es lo que recuerda, con motivo del tercer aniversario del óbito, el escritor Manuel Machado:

Todo era sombra en el jardín; penumbra en los amplios vestíbulos y en las estancias de la planta baja. Un silencio religioso, turbado apenas por el sotovoce de una pregunta angustiada, ese terrible silencio que ha de romper un sollozo desgarrador que alguien no oye ya, pesaba sobre la vieja casa de la Institución Libre de Enseñanza, tan alegre siempre del vocerío infantil. El maestro se moría.

Moría el maestro en pleno apogeo espiritual en plena vida mental, a despecho de los esfuerzos titánicos de la ciencia, en manos de los más ilustres médicos de Madrid, a despecho del amor, de la veneración de sus discípulos, que hubieran dado gustosos la vida por la suya, a despecho de los fervientes votos de toda la intelectualidad española congregada allí aquella noche, llenando silenciosa el jardín, con los ojos fijos en la ventana luminosa de la alcoba, de la celda del santo Giner de los Ríos. Toda España se conmovió en aquella hora. Los telegramas y las cartas llegaban a montones, sin interrupción. El presidente del Consejo, el ministro de Instrucción pública enviaban frecuentes recados y se personaban ellos mismos repetidas veces. La patria entera se daba cuenta de lo que iba a perder. Muchos de los que allí estábamos habíamos correteado de niños por aquel jardín y escuchado la cálida voz del maestro en aquellas clases ahora llenas de sombra y de tristeza. Todos, quien más quien menos, sentíamos, como nunca en aquellos instantes supremos, que aquel sol que se apagaba nos había dado las más puras luces del alma. Y cuando la certeza fatal llegó a nosotros, más de una lágrima callada surcó más de un rostro varonil curtido a todos los vientos de la vida⁶.

Ese tono admirativo tan visible en este texto machadiano nos ayudará a comprender mejor algún otro texto poético, del mismo don Manuel Machado, que mencionaremos al final.

⁴ Para la vida del personaje, cfr., entre otros, Manuel Bartolomé COSSÍO, “Datos biográficos de Francisco Giner de los Ríos (1915)”, en *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas. 3. Antología de textos*, ed. Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL y Eugenio OTERO URTAZA, Madrid, Fundación Francisco Giner de los Ríos, 2012, pp. 428-436. Los tres volúmenes de esta publicación son un importante arsenal de datos y estudios actuales sobre Giner de los Ríos, su ambiente y su influencia.

⁵ “Don Francisco Giner de los Ríos”, *El Imparcial*, 18 de febrero de 1915, p. 1.

⁶ Manuel MACHADO, “Día por día. De mi calendario”, *El Liberal*, 25 de febrero de 1918, p. 3.

El hecho es que, ante la muerte de don Francisco Giner de los Ríos, todo son elogios por parte de los más relevantes intelectuales españoles del momento, que ponen de relieve la limpia trayectoria vital del personaje y una modélica dedicación a la enseñanza y al estudio por parte del mismo.

He aquí, por ejemplo, lo que opina Luis de Zulueta en su extenso y documentado artículo titulado “Don Francisco”:

Se piensa comúnmente de él que consagró toda su vida a la educación. Y es verdad. Más verdad de lo que comúnmente se piensa.

Nada humano le era ajeno. Pero cualquier cosa que hiciera o de que tratara, miraba como un medio de perfeccionamiento, como un medio de educación. Vivir, para él, era educar y educarse.

Educando, se educaba. Naturaleza esencialmente social, elaboraba y definía sus ideas en la conversación con sus amigos y discípulos. En esto difería bastante de Sanz del Río, su maestro. Porque D. Julián –lo recordaba el propio Giner– se sentaba en una silla con los brazos cruzados y baja la cabeza, y así, solo, durante horas, pensaba.

D. Francisco educaba más fuera de clase que en la misma clase. La clase era una conversación preparada concienzudamente. Y cada conversación era una clase improvisada⁷.

También menciona el mismo crítico la capacidad que tenía Giner para aconsejar acertadamente a todas las personas que se le acercaban, así como su enorme preocupación por la triste situación de la España de finales del XIX y principios del XX:

Y al fin, la confianza vencía al respeto, y D. Francisco, el hombre de consejo, ejercía como nadie su laical cura de almas.

Atraídas por sus luces y quizás más aún por su gran corazón, desfilaban por la estancia de D. Francisco personas las más distintas y de las ideas más opuestas. En todas influía con un tacto inimitable, unas veces enseñando y dirigiendo, otras provocando nobles inquietudes, pero siempre levantando el espíritu.

Don Francisco hablaba mucho, con una extraordinaria movilidad mental y con variedad inagotable en el tono y en el sentimiento. Tan pronto se abandonaba a una afectuosa confidencia como discutía científicamente el tema más impersonal y objetivo. En ocasiones, por ejemplo, pensando en la situación de España, se humedecían sus grandes ojos grises y parecía rendirse a la amargura y al abatimiento. Pero reaccionaba de pronto y sacudía y alentaba a los demás, con vehemencia de patriota, “tan desesperado del presente como seguro del porvenir”.

Su actitud ante la Naturaleza nos parece, desde una perspectiva actual, de una gran modernidad e interés. Así escribe Zulueta al respecto:

“Dios está en la Naturaleza, Dios está en la Historia...”.

Amó a la Naturaleza D. Francisco y enseñó a amarla. No es posible explicar a los que no lo han visto lo que era D. Francisco en el campo. Sabía sacar de las cosas naturales todo su divino ideal; poetizaba el paisaje, pero fundiéndose en él y sin tomarlo nunca arbitrariamente como fondo para los propios pensamientos.

No le agradaba discutir en pleno campo. No solía en él estudiar ni apenas leer. La Naturaleza lo absorbía. Gustaba de ir y venir libremente, corría a veces como un niño, se tendía al sol, andaba a los setenta años jornadas de treinta o cuarenta

⁷ Luis de ZULUETA, “Don Francisco”, *España*, 26 de febrero de 1915, pp. 6-7. Las restantes referencias a este texto se localizan en las mismas páginas.

kilómetros y se bañaba en el invierno en el agua helada de los ríos. Ningún pagano amó tanto a la Naturaleza. Para don Francisco, además, en ella estaba Dios.

Pese a ese sentimiento religioso de las cosas y de la vida en general, el gran pedagogo no militaba, como sabemos, en las filas de la Iglesia Católica⁸, algo que parece que le afectó profundamente en sus sentimientos más íntimos:

¡Cuánto debió sufrir al tener que abandonar la Iglesia, desgarrándose de la comunidad de su pueblo y de su tradición! Hizo todo lo que pudo para evitarlo. El joven pensador krausista oía misa los domingos y conservaba, como su amigo D. Fernando de Castro, la esperanza en una renovación de la Iglesia española.

Esa esperanza, como tantas otras en el mundo religioso, se desvaneció después del Concilio Vaticano. Juzgó D. Francisco que no le era lícito, sin hipocresía, continuar llamándose católico. Fuera ya de la Iglesia oficial, su religiosidad se hizo todavía más intensa y más pura.

Hablaba siempre con respeto de la Iglesia católica⁹. Dondequiera que él estuviese, estaba delante de Dios. Pero a veces entraba en algún templo solitario, en alguna olvidada capilla de monjas, quizá buscando una emoción meramente estética, quizás atraído por el aroma eterno de los viejos odres, ya vacíos, en los cuales no es posible –¿por qué, Dios mío, por qué?– encerrar el vino nuevo.

El hecho es que don Francisco Giner de los Ríos no se enterra en un cementerio católico, sino en uno civil, con escasa asistencia de personalidades del mundo de la política y de la cultura¹⁰, tal como él mismo había pedido a su círculo íntimo:

⁸ Sobre esta cuestión, cfr., por ejemplo, Pedro ÁLVAREZ LÁZARO, “Francisco Giner de los Ríos y el laicismo escolar”, *Criterios. Revista de Pensamiento Político y Social*, núm. 6, mayo, 2006, pp. 109-121.

⁹ También Juan Ramón JIMÉNEZ, entre otros, nos transmite la idea del cristianismo de Giner: “Después, ya viviendo en Madrid, un jesuita, el padre OLIVER, me advertía: “No vayas a la Institución, que allí todos son krausistas”. Y el caso es que Giner era cristiano; sobre eso no hay duda, pues yo mismo se lo oí decir. En España, entonces, un krausista era un pedagogo sentimental. Krause había sido un filósofo idealista, un post-kantiano. Entre krausismo, o mejor dicho, entre krausistas españoles y modernismo hay alguna relación”, Ricardo GULLÓN, *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Taurus, 1958, p. 58. Sobre la religión en Giner de los Ríos, cfr., entre otros, Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA, “El pensamiento religioso en el 98: el krausismo”, *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones*, núm. 3, 1998, pp. 249-260. Para una visión sintética de Krause y el krausismo español, cfr. José FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1990, I, pp. 1065-1068; sobre Francisco Giner de los Ríos, p. 757, en el mismo volumen. Más reciente es la semblanza sobre el mismo personaje, Frank BAASNER y Francisco ACERO YUS, dirs., *Doscientos críticos literarios en la España del siglo XIX*, Madrid, CSIC, 2007, pp. 424-432, además de Hermenegildo GINER DE LOS RÍOS, *ibid.*, pp. 433-436, igualmente relevante, entre una amplísima serie de posibles referencias bibliográficas. Sobre el último citado, cfr., Carles BASTONS I VIVANCO y Carmen MERCHÁN CAMPOS, “La figura de Hermenegildo Giner de los Ríos”, *Catedra Nova*, núm. 4, 1996, pp. 89-102, y, más reciente, Fernando ARCAS CUBERO, “Hermenegildo Giner de los Ríos (1847-1923). Institución Libre de Enseñanza y radicalismo”, en *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas. I. Reformismo Liberal. La Institución Libre de Enseñanza y la política española*, ed. Javier MORENO LUZÓN y Fernando MARTÍNEZ LÓPEZ, op. cit., pp. 117-141.

¹⁰ En los periódicos del momento se nos cuenta la sencillez, casi pobreza, del sepelio, que estaba encabezado por Hermenegildo Giner de los Ríos, hermano de don Francisco, y por relevantes institucionistas, como Cossío, Azcárate, Posada, Flores y Rubio, junto a tres fotos, una de la entrada del cementerio civil, otra de la conducción del cadáver y una más de la despedida del duelo. He aquí la somera crónica inserta en el *Heraldo de Madrid*: “Entierro de D. Francisco Giner.

A D. Francisco le disgustaba profundamente la conducta de nuestra sociedad con los muertos. Los echa a un cementerio abandonado, como si quisiera librarse de ellos y de su memoria.

En otro tiempo, los que descansaban para siempre en el atrio de la iglesia de su pueblo, no perdían de golpe la compañía de los suyos. Corrían los años y aun los deudos y los amigos se sentaban a su lado sobre el banco de piedra, al salir de misa. Lentamente el recuerdo iría palideciendo, difuminándose, pero sin que, de intento, los hombres precipitasen con brusquedad profana esa obra tranquila del tiempo.

Está D. Francisco enterrado en el cementerio civil, entre las dos tumbas sin carroza ni acompañamiento alguno, según tenía dispuesto.

Al sepelio asistieron sólo los íntimos, los verdaderamente íntimos. Pero los íntimos de gran corazón se cuentan por centenares. Un arquitecto, antiguo alumno suyo, y un albañil, antiguo alumno también, que acertaron a encontrarse presentes, cerraron la bóveda de la tumba. Allí, o dondequiera que mañana reposen sus santas cenizas, el amor de su dilatada familia espiritual no lo dejará solo.

Este detalle del cementerio civil será luego recordado por Juan Ramón Jiménez, en un fragmento de su semblanza lírica:

“Cementerio civil” dice en la verja, para que se sepa; frente al otro letrero: “Cementerio católico”, para que se sepa también.

Él no quería que lo enterrasen en este cementerio tan contrario a la poesía risueña, jugosa y florida de su espíritu. Pero ha tenido que ser así. Ya oírás los mirlos del jardín familiar. “Después de todo –dice Cossío– creo que le disgustará estar un ratito con don Julián”...

A pesar de la inusitada sencillez que, por escrupuloso respeto a la voluntad del finado, ha revestido el piadoso acto, el entierro de D. Francisco Giner correspondió, así por la selecta condición de los numerosísimos concurrentes como por el íntimo y sincero dolor de todos ellos, a la significación excepcional del llorado muerto.

Mucho antes de las diez de la mañana comenzaron a llegar al Cementerio Civil, en pequeños grupos, los alumnos de más edad de la Institución Libre de Enseñanza, entre los cuales figuraban bastantes señoritas que cursan en aquel Centro docente.

Casi todos ellos, singularmente las muchachas, llevaban flores y ramas de laurel y romero, que depositaron con fervorosa solicitud en la tumba donde iba a ser inhumado el cadáver de D. Francisco Giner.

A la hora señalada para dar tierra a los restos mortales del insigne maestro, más de 200 carruajes llenaban por completo la plazoleta que separa el Cementerio Civil de la gran necrópolis del Este.

Junto a la puerta del primero esperaba el furgón donde, sin otro acompañamiento que un modesto coche de punto, en el que iban los Sres. Cossío, Flores y Rubio, fue conducido desde la Institución el cadáver de D. Francisco.

Un grupo de antiguos alumnos se adelantó a recoger el féretro, una modestísima caja de madera revestida de paño negro.

Don Hermenegildo Giner, hermano del finado, y los Sres. Azcárate, Posada, Flores, Cossío y Rubio constituyeron la presidencia del duelo. Tras ellos, con religioso silencio, siguieron hasta la abierta tumba todos los concurrentes.

Fue un instante imponente por su conmovedora sencillez. Multitud de jóvenes alumnos y bellas señoritas cubrieron de flores el féretro, ya en tierra. Cerraron la tumba los obreros, y dominado por todos el infinito dolor de la separación eterna, junto a la puerta del Cementerio Civil despidieron el duelo, emocionadísimos, los señores Giner (D. Hermenegildo), Azcárate, Cossío, Flores y Rubio.

El cadáver de D. Francisco Giner descansa, hasta su definitivo destino, entre los restos mortales de sus dos grandes amigos D. Julián Sanz del Río y D. Fernando de Castro, gloriosos adocrinadores de toda una generación de maestros, que en política, en ciencia y, lo que importa más, en pública y privada conducta, constituyen el más saludable ejemplo para el presente y para el porvenir nacional”. *Heraldo de Madrid*, 19 de febrero de 1915, p. 1.

Manos solícitas han quitado humedad a la tierra con romero; sobre la caja han echado rosas, narcisos, violetas. Viene, perdido, un aroma de ayer tarde, un poquito de la alcoba a la que le quitan tanto...Y, apretando con los corazones esta fragancia que se va, una masa cálida de cariño, de atención, de congoja, reduce, hasta dejarla del tamaño de un corazón inmenso, la fosa. Cada persona que llegue aumenta con su presencia el silencio¹¹.

En la rememoración inmediata que sigue a la muerte de Giner, los grandes poetas de esos años (Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado) dejan constancia de la admiración, la devoción y el respeto que sienten por la austera figura del maestro y le dedican escritos elogiosos y recuerdos marcados por el más subido afecto, tanto en prosa poética como en verso.

En este sentido, encontramos a Juan Ramón Jiménez, bajo el título de “Elegía pura”, denominación que incide en la tensión lírica y creativa que advertimos en los fragmentos evocativos. Hay que tener en cuenta que estos textos juanramonianos son cronológicamente muy cercanos a los poemas en prosa que componen su libro *Platero y yo*, aparecido el año anterior, es decir, en 1914, y que poco después, en 1916, eclosiona una nueva tendencia en su trayectoria poética, con *Diario de un poeta recién casado*, lo que se suele denominar la poesía pura. Así escribe el poeta de Moguer, al comienzo de su elegía:

Mis ojos se encuentran, al abrirlos la mañana de febrero, con la ventana sin paisaje, todo yerto el cristal de cruda bruma triste. El pensamiento de la madrugada, interrumpido por el paréntesis vano del breve sueño, halla de nuevo, en el opaco amanecer, su hilo: ... “El pobre señor ha muerto”... “El pobre señor ha muerto” –dijo anoche un niño.

¡El pobre señor! ¡Qué bien aquí las palabras! Pobreza señora con esa señoría cierta que, dándolo todo, de todo se enseñorea, por la rica humildad de su tesoro conocido; que hace señor lo que toca: la estancia austera en que piensa, el paisaje que le da fondo, la cátedra que purifica, el jardín que endulza, la amistad que ennoblece; todo esto que ahora va a ser de nuevo lo que es...

Don Francisco... Parecía que hubiese ido encarnando cuanto hay de tierno y de agudo en la vida: la flor, la llama, el pájaro, la cima, el niño... Ahora, tendido en su lecho, cual un río helado que corriera por dentro, es el camino claro para el recorrido sin fin... Fue como la estatua viva de sí mismo, estatua de tierra, de viento, de agua, de fuego. De tal modo se había librado de la escoria cotidiana, que, al hablar con él, se creyera que hablaríamos con su imagen, que tornara a nosotros fiel y perdurable. Sí. Se diría que no iba a morirse; que ya hubiese pasado, sin saberlo nadie, por la muerte, y que estaba para siempre, como un alma, con nosotros.

No es, sin embargo, Juan Ramón propiamente institucionista, tal como manifiesta en otra ocasión; es decir, no fue discípulo directo de la Institución Libre de Enseñanza, pero sentía una gran admiración por Giner y por la educación que impartía a los niños:

Yo no me eduqué –escribe–, no fui discípulo infantil de Francisco Giner, como algunos han escrito, en la Institución Libre. Lo conocí a mis 21 años. Y aprendí entonces en él, en su acción de educar a los niños, parte de lo mejor de mi poesía,

¹¹ Juan Ramón JIMÉNEZ, “Elegía pura. El pobre señor ha muerto...”, *España*, 26 de febrero de 1915, p. 7. Las restantes citas de este texto en la misma página. El mismo texto, con algunas variantes, en *Cuadernos*, ed. Francisco GARFIAS, op. cit., p. 175.

presencié en el jardín, en el comedor, en la clase, el bello espectáculo poético de su pedagogía íntima: un fruto ya sin árbol, maduro y lleno de semilla. La realización no imaginativa, personal de la poesía: en el amor, en la religión, en la educación¹².

Con todo, creemos que el más conocido de estos textos sea el poema de Antonio Machado, publicado en la parte final de la revista *España*, del 26 de febrero de 1915¹³, como muchos otros que venimos citando, titulado “A Don Francisco Giner de los Ríos” e inserto luego en la sección “Elogios”, de la edición definitiva de *Campos de Castilla*, de 1917, formando entonces parte de la recopilación titulada *Poesías completas e incorporando entonces el lugar y la fecha de composición: Baeza, 21 de febrero de 1915*.

El poema¹⁴ comienza con el anuncio que ha recibido el poeta de la muerte del maestro, en cuya designación se advierte un toque franciscano:

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió?... Sólo sabemos

¹² Juan Ramón JIMÉNEZ, *Un andaluz de fuego (Francisco Giner de los Ríos)*, ed. María Jesús Domínguez Sío, op. cit., p. 124.

¹³ Parece que se publicó también en la revista *Idea Nueva*, Baeza, 23 de febrero de 1915, cfr., Antonio JIMÉNEZ-LANDI MARTÍNEZ, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Periodo parauniversitario*, Madrid, Taurus, 1987, II, p. 825, aunque, por lo que hemos podido averiguar al respecto, en la revista de Baeza lo que aparece es una necrológica en prosa, extremo que comprobamos en *El Porvenir Castellano*, Soria, 4 de marzo de 1915, donde aparece el mismo texto necrológico en prosa. Cfr., al respecto, José María MARTÍNEZ LASECA, “Antonio Machado, periodista en la prensa soriana”, en AAVV., *Antonio Machado en Castilla y León* [Catálogo de la Exposición], Madrid, Junta de Castilla y León, 2007, p. 149.

¹⁴ Entre la ya ingente bibliografía machadiana, cfr., por ejemplo, Bernard SESÉ, *Antonio Machado (1875-1939). El hombre. El poeta. El pensador*, Madrid, Gredos, 1980, pp. 184-187, para este poema, y, de manera más específica, Ángel Luis PRIETO DE PAULA, “Panenteísmo y mística activa en Antonio Machado (Sobre “A Don Francisco Giner de los Ríos”)", en *La lira de Arión. De poesía y poetas españoles del siglo XX*, Alicante, Universidad, 1991, pp. 55-84. Aparece citado en numerosos lugares, por ejemplo, en el final del artículo de María Nieves GÓMEZ GARCÍA, “Por qué todavía Giner de los Ríos”, *Cuestiones pedagógicas*, núm. 21, 2011/2012, pp. 427-436. En el mismo Machado, encontramos una explicación del mismo, casi una paráfrasis: “... Y hace unos días se nos marchó, no sabemos a dónde. Yo pienso que se fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida Yo creo que sólo mueren definitivamente - perdonadme esta fe un tanto herética- sin salvación posible, los malvados y los farsantes, esos hombres de presa que llamamos caciques, esos repugnantes cucañistas que se dicen políticos, los histriones de todos los escenarios, los fariseos de todos los cultos, y que muchos, cuyas estatuas de bronce enmohece el tiempo, han muerto aquí y, probablemente allá, aunque sus nombres se conserven escritos en pedestales marmóreos.

Bien harán, amigos y discípulos del maestro inmortal, en llevar su cuerpo a los montes de Guadarrama. Su cuerpo casto y noble, merece bien el salmo del viento en los pinares, el olor de las hierbas montaraces, la gracia alada de las mariposas de oro que juegan con el sol entre los tomillos. Allí, bajo las estrellas, en el corazón de la tierra española, reposarán un día los huesos del maestro. Su alma vendrá a nosotros en el sol matinal que alumbró los talleres, las moradas del pensamiento y del trabajo”, Antonio MACHADO, “D. Francisco Giner de los Ríos”. *El Porvenir Castellano*, Soria, 4 de marzo de 1915, p. 1.

que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.

Hay, en el centro de la composición, un verso rotundo, en el que el yo lírico parece rechazar el componente litúrgico y eclesiástico y querer sustituirlo por el ritmo habitual del trabajo:

¡Yunque, sonad: enmudeced, campanas!

A continuación, y en la parte final del poema, aparece un sentido elogio del ausente, siempre calificado con rasgos muy positivos, en tanto que pide a los amigos que lleven su cuerpo al azul Guadarrama, tan querido por Giner¹⁵, donde reposará en un ambiente campestre, idílico, igualmente predilecto del pedagogo. Allí el maestro soñó en alguna ocasión en que España volviera a renacer, tema que enlaza con la misma preocupación machadiana tan frecuente en muchos lugares de su obra. Los versos dicen así:

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...¡Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama!
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Antonio Machado, al contrario que Juan Ramón, sí había estudiado en la Institución Libre de Enseñanza, como recuerda en una entrevista tardía:

Estudí en la Institución Libre de Enseñanza y tuve por maestros a Giner de los Ríos, Cossío y Salmerón, teniendo como condiscípulo a Besteiro... No es difícil, por tanto, deducir que mi formación había de ser liberal y republicana, que por otra parte había de coincidir con la historia política de mis antepasados, ya que mi padre y mi abuelo eran republicanos fervorosos¹⁶.

¹⁵ Sobre esta cuestión, cfr., Nicolás ORTEGA CANTERO, “Los valores del paisaje: la sierra de Guadarrama en el horizonte de Francisco Giner y la ILE”, en *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas. 2. La Institución Libre de Enseñanza y la cultura española*, ed. José GARCÍA-VELASCO y Antonio MORALES MOYA, op. cit., pp. 673-711.

¹⁶ Apud Daniel PINEDA NOVO, “La familia de Machado en la Sevilla de la época”, en *Antonio Machado hoy. Actas del congreso internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Sevilla, Alfar, 1990, vol. III, p. 198. En otra ocasión, recuerda su etapa de colegial

Pero, además, existía una relación afectiva previa¹⁷ entre Giner y la familia sevillana de los Machado, especialmente con el padre, don Antonio Machado y Álvarez, conocido por su seudónimo de Demófilo y eminente folklorista. Éste había sido invitado a impartir clases en la Institución Libre de Enseñanza, en 1885, aunque el proyecto no se concretó.

Hay, por otra parte, una historia personal, de carácter sentimental, entre Giner de los Ríos y un miembro de la familia de los Machado, en este caso de la rama bilbaína de la misma, puesto que María Machado Ugarte, prima hermana de Machado y Álvarez, fue durante mucho tiempo novia de Giner; y fue precisamente el folklorista sevillano el que puso a ambos en contacto, tal como se desprende de una carta del mismo al amigo afincado en Madrid, donde incluso llega a afirmar que le hubiera gustado ser padrino del primer hijo de la pareja. En los términos siguientes le escribe a don Francisco, el 11 de febrero de 1878:

Siento más de lo que Vd. puede figurarse la vida desazonada e intranquila de que son víctimas María y Vd., y lo siento más porque de que Vds. se conocieran y se amaran he sido yo en parte causa: intencionada y consciente. Nunca olvidaré que, al venir con Vd. una tarde de las Delicias y decirme Vd. que los andaluces no éramos a propósito para los estudios estéticos, me regodeaba yo interiormente con la dulce venganza de que mi descripción de la cualidades de María le llevaría a Vd. a conocerla, y su conocimiento a su cariño, en el cual sería Vd. correspondido, por tener un alma digna de la suya¹⁸.

Y más abajo comenta el dato antes aludido:

infantil en la Institución Libre de Enseñanza en estos términos: “Los párvulos aguardábamos, jugando en el jardín de la Institución, al maestro querido. Cuando aparecía D. Francisco, corríamos a él con infantil algazara y lo llevábamos en volandas hasta la puerta de la clase. Hoy, al tener noticia de su muerte, he recordado al maestro de hace treinta años. Yo era entonces un niño; él tenía ya la barba [y] el cabello blanco.

En su clase de párvulos, como en su cátedra universitaria, don Francisco se sentaba siempre entre sus alumnos y trabajaba con ellos familiar y amorosamente. El respeto lo ponían los niños o los hombres que congregaba el maestro en torno suyo. Su modo de enseñar era el socrático, el diálogo sencillo y persuasivo. Estimulaba el alma de sus discípulos -de los hombres o de los niños- para que la ciencia fuese pensada, vivida por ellos mismos. Muchos profesores piensan haber dicho bastante contra la enseñanza rutinaria y dogmática, recomendando a sus alumnos que no aprendan las palabras, sino los conceptos de textos o de conferencias”, Antonio MACHADO, “D. Francisco Giner de los Ríos”. *El Porvenir Castellano*, op. cit.

¹⁷ Sobre las relaciones de amistad entre éstos y otros miembros de la Institución Libre de Enseñanza, cfr., Laura RUIZ-EUGENIO e Itxaso TELLADO, “Joaquín Sama, la Institución Libre de Enseñanza y su amistad con Giner de los Ríos y los Machado”, *Social and Education History*, núm. 3 (2), June, 2014, pp. 185-202.

¹⁸ Antonio MACHADO Y ÁLVAREZ, “Demófilo”, *Obras completas*, ed. Enrique Baltanás, Sevilla, Diputación y Fundación Machado, 2005, vol. I, pp. 2632-2633. En estas cartas de Machado a Giner hay más referencias al tema y a otros familiares, como la que hace al hermano de la joven, que se llama también Antonio Machado y es jesuita: “Por Juanita Lund he sabido que María está mejor; no puede Vd. figurarse lo buena amiga que es de aquélla y lo que la quiere. La venida de mi primo Antonio Machado, hermano de María y jesuita, aunque ilustrado, creo que ha de ser favorable a nuestros propósitos, no obstante los temores de Juanita. Mi padre, que tiene cierto don de gentes, me lo pronostica así”, *ibid.*, p. 2635.

Poley es testigo de que tenía formado el proyecto de no escribir a Vd. y a María hasta que unidos me permitiesen ser padrino de su primer hijo¹⁹.

Por lo que respecta a la larga relación amorosa de esta pareja, que no concluye en matrimonio, tenemos sólo datos parciales de la misma, puesto que únicamente se conoce la aportación epistolar de María Machado²⁰, en tanto que la de Giner de los Ríos parece haber desaparecido.

Si en el elogio poético de Antonio Machado se percibe cierta asimilación de Giner a la figura de San Francisco de Asís, claramente expresada en un comentario que nos transmite Luis de Zulueta (“A unos les parecía un Sócrates, a otros un San Francisco de Asís”²¹), en el breve epitafio que le dedica Manuel Machado encontramos a Giner de los Ríos elevado incluso a los niveles absolutos de la santidad. Estamos ante un brevísimo poema, de dos versos pareados, encabezado por el título:

ANTE LA TUMBA DE DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS.
INSCRIPCIÓN

Yace aquí San Francisco Giner -¡laurel y palma!
Entregó a Dios el cuerpo, y a los hombres el alma²²

Sin embargo, este texto, que nos parece poco conocido en la actualidad, incluido en el volumen V de sus *Obras completas*, titulado *Dedicatorias*, 1924, desaparece en ediciones posteriores de sus poesías, como la de 1940, en su *Opera omnia lyrica*, y tampoco se encuentra en las consideradas *Obras completas* (Plenitud, 1947) de ambos hermanos Machado. No es la primera posguerra española²³ un momento propicio para evocar y alabar en términos hiperbólicos la figura de un librepensador, como se decía

¹⁹ *Ibid.*, p. 2633.

²⁰ Sobre esta cuestión y otros aspectos de la Institución Libre de Enseñanza es fundamental el libro de Antonio JIMÉNEZ-LANDI MARTÍNEZ, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Periodo parauniversitario*, Madrid, Taurus, 1987, 2 vols. Para los datos biográficos de María Machado Ugarte (1848-1922), vid especialmente pp. 710-711 y para las relaciones entre las diversas ramas de los Machado y sus amigos, vid pp. 92-93, entre otras. Para el final de la historia, cfr. el capítulo L, “Epílogo a una historia de amor”, p. 671 y ss. En el mismo sentido, es práctica la cronología “Cartas de María Machado”, p. 833 y ss.

²¹ Luis de ZULUETA, “Don Francisco”, *España*, 26 de febrero de 1915, p. 6. En este sentido podemos recordar los nombres que le daban las personas que lo conocieron y que transmite Juan Ramón, aunque él se inclina por el más significativo y claro de Don Francisco: “¿Qué nombres eran entonces, los que le pusieron, vivo y muerto, a este incendio agudo, esos que tan bien lo desconocieron? ¿Qué fue aquello de “San Francisquito”, de “Don Francisquito”, de “Don Paco”, de “Asís”, de “Santito”, de “Paco”? ¡No, no; nada de eso! De ponerle algo más que su nombre, y como él se lo ponía, Francisco Giner, o como se lo ponían los más suyos, Don Francisco, más bien algo de un infierno espiritualizado”, Juan Ramón JIMÉNEZ, *Cuadernos*, ed. Francisco Garfias, op. cit., pp. 195-196.

²² Manuel MACHADO, *Poesías completas*, ed. Antonio Fernández Ferrer, Sevilla, Renacimiento, 1993, p. 682.

²³ Para una valoración conflictiva de la Institución en la época de Franco, cfr., entre otros, Elías DÍAZ, “La Institución Libre de Enseñanza en la España del nacional-catolicismo”, en *La Institución Libre de Enseñanza y Francisco Giner de los Ríos: Nuevas perspectivas. I. Reformismo Liberal. La Institución Libre de Enseñanza y la política española*, ed. Javier MORENO LUZÓN y Fernando MARTÍNEZ LÓPEZ, op. cit., pp. 357-385.

entonces, de las características de Giner, aunque tuviese todas las connotaciones positivas de un extraordinario pedagogo y de un hombre de bien.

Con todo, el sentido de estos dos versos, que pudiera parecernos simplemente hiperbólico y un tanto fuera de lugar, desde una perspectiva actual, se encuentra aproximadamente explicado en un fragmento del comentario machadiano antes citado, el de 1918. Allí dice:

Tres años hace hoy que el maestro se fue. Su obra empezó, está aquí y prosigue su rumbo magnífico al bien y a la verdad. Porque su obra no es para el recuerdo, no es del pasado, sino de hoy y de mañana. Obra viva es y redentora. Su alma quedó también entre nosotros. Porque semejante a los verdaderos santos, lo que él entregó por completo a Dios fue su cuerpo –sobriedad, castidad y pobreza– y el alma, en cambio, la dio entera a los hombres. Nadie ha hecho un surco más profundo, nadie sembró más fecunda semilla, nadie dejó una estela más amplia y luminosa. En ella se agitan los más puros anhelos del refloreamiento español que él soñara un día entre los encinares de Guadarrama. ¿Recordáis la soberbia instantánea?... Sí; su obra y su alma viven siempre porque en su labor semi-divina, él supo formar los hombres para mañana²⁴.

Pero no es sólo el mayor de los hermanos Machado (en realidad fueron seis los hermanos Machado, y sobrevivieron tres al periodo de la infancia)²⁵ el que habla de Giner con la veneración señalada en estos textos, sino que también el socialista Luis Araquistáin, poco dado a los elogios fáciles, por lo que sabemos de su trayectoria ideológica, bastante tiempo después, en 1925, se refiere al personaje en un comentario de título parecido, “Un santo organizador”, donde señala:

La justicia acaba siempre por llegar y el reconocimiento a quien lo merece. Ya le va llegando al altísimo y hasta ahora mal comprendido Menéndez y Pelayo. Pronto se la harán también todos los españoles a Giner, cuando se aperciban de que su obra de educador, de artífice de hombres, no tenía otro fin que la dignidad del individuo y el engrandecimiento de la nación por la competencia de sus servidores²⁶.

²⁴ A continuación, con igual cariño hacia el maestro, recuerda los versos de su hermano Antonio: “Pero él, nuestro amigo, nuestro guía, nuestro pastor; el viejecito de plata y de fuego, el viejecito adorable y adorado cuyas palabras eran siempre claras y buenas, sedantes y reveladoras. ¿dónde está?”

El más alto poeta español ha dicho, llorando su ausencia:

¿Murió? Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara
diciéndonos: hacedme
un duelo de labores y esperanzas...”

²⁵ Cfr., entre otros textos, J. C. SANTOYO, “Antonio Machado Álvarez, traductor de lengua inglesa”, en *Antonio Machado hoy. Actas del congreso internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, op. cit., vol. III, pp. 289-290,

²⁶ *El Sol*, 11 de diciembre de 1925.

Por nuestra parte, creemos que con todo el repertorio²⁷ de opiniones y juicios seleccionados, fácilmente ampliables, se nos ha trazado la imagen de un hombre vocacionalmente entregado a los demás, a la enseñanza de los jóvenes y al estudio, aspectos que nos lo hacen todavía cercano y, sin ninguna duda, digno de la más alta admiración y estima.

APÉNDICE

Porque nos parece que es una semblanza poco conocida y que resume, con la perspectiva de una década (1925), algunos rasgos fundamentales de Giner de los Ríos y de su aportación intelectual, insertamos este artículo periodístico en el que creemos percibir algunos ecos unamunianos.

NUESTROS HÉROES

[FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS]

En febrero se cumplió el primer decenio de la muerte de don Francisco Giner de los Ríos. Todo español de hondo y sentido patriotismo habrá de honrar con agradecida emoción la memoria del maestro. El deber ineludible de crítica negativa frente a los falsos valores de un patriotismo, por ser éste escarnio de los más nobles sentimientos de comunidad espiritual, ha de trocarse, en esta ocasión, en alabanza positiva. Don Francisco Giner ha creado la patria española, espiritual, culta y seria. Trabajó para mantener la continuidad científica y humana, y por enlazarla a la conciencia del mundo. Durante una época de oprobio, poco respetuosa con los sutiles valores, fue incansable apóstol de los derechos del espíritu. Su figura será honrada por generaciones venideras, como punto luminoso de la España del siglo XIX. Las otras sombras, las de sus perseguidores, que en la historia se pavonean con casaca, voz hueca y ademán de violencia, se confundirán, con la distancia cada vez más, en masa anónima, espesa y terrosa. Duro surco, al que rompe con esfuerzo el espíritu, donde siembra el germen de un pueblo.

A D. Francisco Giner se debe la continuidad de la patria espiritual española. Pero en D. Julián Sanz del Río, su maestro, hay que buscar el nuevo brote de la cultura en nuestro país, en el siglo XIX.

D. Francisco Giner continuó la tradición de cultura y seriedad científica que Sanz del Río injertó en la aridez española. Era D. Francisco, cuando yo lo conocí en los últimos quince años de su vida –nació en Ronda en 1839, murió en Madrid el 18 de febrero de 1915– un viejo de barba y pelo canos, de ojos brillantes, tez tostada por el aire del mar, de la montaña y del campo. Su cuerpo era menudo, pero ágil y vigoroso, siempre vibrante, como la inquietud de su espíritu, del cual era solo reflejo. Su conversación era intencionada y jovial, desbordante de cordialidad. Nunca le abandonó

²⁷ Un amplio muestrario de opiniones sobre su figura en Antonio JIMÉNEZ-LANDI MARTÍNEZ, "Semblanzas de Giner", *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente. Periodo parauniversitario*, op. cit., vol. I, p. 41 y ss.

un cierto donaire andaluz, de finura depurada. La juventud parecía característica de su ser. Todo él evocaba aliento fresco de montaña, hierbas olorosas, tomillo del Guadarrama, jara y cantueso. Parecía que su alma se despertaba cada día limpia y sin dejo de fatiga por la labor de ayer, de todas las horas de su existencia. Una frase muy suya, y que Luis de Zulueta recordó cuando su muerte, es rasgo que le define: “¡Claro – solía decir en tono jovial a los discípulos y amigos– ustedes piensan de otro modo! ¡Aquí no hay más joven que yo!”.

¿Reformador? No. ¿Qué había de reformar? Creador de realidad nacional. Habían de crearse instituciones y personas. Ésta fue su tarea. Al observar hoy la realidad española adivinaremos, sin riesgo de error, en todas las instituciones culturales de valor europeo y seriedad científica, la influencia de D. Francisco o de sus discípulos o afines. Sólo citaré el Museo Pedagógico, la Junta de Pensiones, el Centro de Estudios Históricos y la ejemplar Residencia de Estudiantes.

La intelectualidad española se ramifica hoy en direcciones originales, apartadas de D. Francisco: ¡pero qué pocos son los hombres de esta generación que no hayan recibido de Giner el impulso que les arrojó a la cultura! A él se debe esa peregrinación de los mejores cerebros españoles a Europa, que ha cambiado la faz de nuestra espiritualidad. Recuerdo que en una de sus cartas –sus cartas estaban siempre encendidas de esperanza y ánimo– me escribía: “No habrá salvación para este país hasta que media España esté en camino hacia el extranjero y la otra media de vuelta”.

No era D. Francisco un extranjerizante. Era un patriota ardoroso. Pero no entendía la patria como horda que vive de prestado, “en humilde y voluntaria servidumbre moral”, según frase del maestro Sanz del Río, o como permanente “rebelión de esclavos que no quieren ser libres”. Sentía Giner en su alma todo el dolor de la raza. El martirio que él había sufrido hasta conseguir la redención cultural, era el mismo que atormentaba a tantos miles de españoles. Y así había en D. Francisco, asociada al severo gesto pedagógico, una infinita comprensión por aquellos a quienes trataba de arrancar de la dura cantera de Beocia para convertirles en hombres libres.

Cuando el estudiante, con anhelo de saber insaciado, después de haber consumido los años en las aulas universitarias, entraba en la cátedra de Filosofía del Derecho, que explicaba Giner, veía abrirse ante él un mundo adivinado, pero hasta entonces no descubierto. Aquella clase no era una disertación solemne. El maestro se esforzaba en guiar a los alumnos por el mundo de la investigación científica, en darles el sentido de orientación de que carecían. No desperdiciaba don Francisco, en aquella clase tan viva, motivo para tratar cualquier tema ajeno a la Filosofía del Derecho, pero que prendiendo en la conciencia del discípulo, iniciaba en ella un nuevo caudal de espiritualidad. Sentado entre los alumnos, barajaba don Francisco sus notas. Destacaba problemas, dibujaba direcciones, escuchaba extractos de lecturas. Hacía vibrar la conciencia del discípulo a la que despertaba con preguntas socráticas. Con aquel método “intuitivo, realista, utópico, que el mejor ni el peor, sino el único”, aquella clase –junto con la “Institución”– era un seminario del profesorado español. El pobre licenciado, procedente de un medio anticultural y deformado por la enseñanza universitaria, se convertía, tocado por la luz del maestro, en fermento que, a su vez, contribuirá a sacudir la modorra del país. Si no siempre desde la altura de la genialidad, siempre como hombre estimable y recto que no traicionaría la pureza del ideal desde cualquier punto donde actuara.

De este modo D. Francisco Giner no ofrecía a España un ideal abstracto de cultura, sino que forjaba, al fuego de su espíritu, una realidad concreta. Tampoco oponía como único remedio al mísero estado de la Nación la obra política, militante y revolucionaria. “Aunque, desde luego, sus ideas, filosóficas y sociales –apunta D. Manuel B. Cossío, hijo espiritual y sostenedor hoy de la obra de D. Francisco– le situaban al lado de los que rompieron la vieja forma monárquica, era radical como nadie, pero antirrevolucionario por principios”. Creía que sólo la educación interna podía transformar a un pueblo. Como Giner pedía tanto en materia de cultura, le parecían mínimas las exigencias de los partidos más avanzados en materia de reformas políticas.

¡Qué dura fue la lucha contra aquel medio! Giner la sufría con entereza. “Las minorías, escribía en 1889 –y todos cuantos quisiéramos remover el fondo de la educación nacional somos una minoría aún, y lo seremos largo tiempo– no tienen por único deber investigar, censurar, ensayar, propagar; no sólo han de ser perseverantes, incorruptibles y enérgicas, sino sufridas, mesuradas e indulgentes”. Y si D. Francisco en el período de 1868 hasta el fin de la República en 1874 gozó el triunfo inmediato de la actividad espiritual, provocando en la vida universitaria española “un comienzo de desarrollo interno que maravilla por lo rápido”, pronto, cuando la Restauración, tan mal avenida con el auge intelectual de España, conoció don Francisco la amargura de aquel medio de Beocia consolidada. Tuvo frente a su obra todo “el falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado, por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba”. Y sin embargo poco antes de morir don Francisco repetía: “nuestro afán es siempre evitar la guerra, la intolerancia salvaje, el africanismo, trabajar en paz con todo el mundo en los infinitos problemas técnicos y espirituales”.

Cánovas, aquel estadista que dijo venir a continuar la historia de España, tomándola en agosto –no en septiembre de 1868, como observó Giner– restableció por decreto, refrendado por Orovio, aquel mismo Orovio que destituyó a Sanz del Río, en 1875, la “Ciencia oficial”, monárquica, católica y escolástica, en método y disciplina. Y ¡ay del profesor que se resistiera! El ministro ordenaba proceder contra ellos “sin ningún género de contemplaciones”. Para honra de España los profesores discolos, entre los que se contaban Salmerón, Azcárate, Linares, Alfredo Calderón, Barnés y don Francisco Giner, y otros varios, protestaron contra la arbitrariedad. Unos fueron deportados, otros procesados o destituidos. Cánovas trató de ahogar la protesta enviando un emisario a Giner con la oferta de que el decreto aunque figurara en la “Gaceta”, no se cumpliría en la práctica. Don Francisco se negó a suscribir esta picardía gubernamental, y de noche fue arrancado por la Policía del lecho, en el que yacía enfermo, y entre dos guardias civiles se le hizo cruzar media España hasta confinarle en Cádiz en el castillo de Santa Catalina. El “Times” de Londres dio gran vuelo al asunto, y la Universidad de Heidelberg envió a España una protesta subscripta [sic] por hombres de fama mundial como eran Zeller, Helmholtz, Wundt, Oncken y Bluntschi.

Los profesores destituidos fundaron a poco la Institución Libre de Enseñanza, hogar de todo el movimiento de renovación cultural de España y que acabó dando nombre al movimiento simbolizado en la persona de Giner. No es ocasión ésta de insistir en la historia de la obra admirable, ni esforzarse en exponer sus principios directores que, acordes con el ideal de don Francisco, más se esforzaban en educar hombres que no en instruirlos, o sea transmitirles el caudal de saber heredado. “El concepto de la escuela ya no es saber sino educar” trazó en una nota la mano de don

Francisco poco antes de morir. Y el desarrollo de este concepto colaboró siempre –y colabora– la Institución Libre de Enseñanza, hoy dirigida por Cossío. Los principios de la Institución han inspirado en América el Gimnasio Nacional en Bogotá, obra de Agustín Nieto y Caballero, nacida, según dice su autor, del eco de una conversación con don Francisco Giner.

Toda la lenta labor pedagógica de don Francisco no era bastante para aquietar su dolorido espíritu, enfrentado con la realidad política española. ¿Qué hubiera hecho don Francisco? suelen preguntarse hoy sus discípulos. ¿Qué hubiera hecho? Unos fragmentos de una carta dirigida a “Clarín” en 1896, vísperas de consumarse aquella gran catástrofe de la Restauración, la pérdida de las colonias, nos muestran la actitud de Giner frente a una aguda situación política: “Qué horas estas, qué horrores, qué ruina moral y material, qué amargura, qué caída, qué corrupción, qué piedad tan grande entra en el alma toda por tanto dolor dentro y fuera de nosotros, tan bajo como va cayendo este pobrecito pueblo, que saldrá de la agonía, pero cuándo!...”. Siente el maestro piedad inmensa, piedad hasta por los que desde arriba arruinan el pueblo en su caudal moral de sangre y de bienes. “No lo harían si hubiera algo debajo”. Pero a esa piedad va unido el remordimiento, “por qué no hacemos, por qué no hago yo de seguro lo que puedo y debo, por qué es imposible que yo no pueda y deba hacer más y mejor lo que hago, y esto me da tanto pesar...”.

El Estudiante, Salamanca, 24 de mayo de 1925, nº 4, sección “Nuestros héroes” [Francisco Giner de los Ríos].